

que se hizo sobre el punto en el tiempo de su sucesion. En aquella época se vio que no se podia permitir el arbitrio de la nacion, sino que se necesitaba un poder superior, y que este poder se encontraba en la persona del monarca. Este poder se ejercia con un fin de conservar la libertad de la nacion, y de impedir que se introdujera en ella un gobierno extranjero. Este poder se ejercia con un fin de mantener la independencia de la nacion, y de impedir que se introdujera en ella un gobierno extranjero.

CAPÍTULO II.

GUERRAS DE ITALIA.—RETIRADA DE CÁRLOS VIII.—CAMPAÑAS DE GONZALO DE CÓRDOBA.—FINAL ESPULSION DE LOS FRANCESES.

1495—1496.

Conducta impolítica de Carlos.—Se llevan los franceses las esculturas y otras preciosidades.—Gonzalo de Córdoba.—Sus brillantes cualidades.—Se le confiere el mando de Italia.—Batalla de Seminara.—Triunfos de Gonzalo.—Abatimiento de los franceses.—Dase á Gonzalo el título de Gran Capitan.—Espulsion de los franceses del territorio de Italia.

CAP. II.

Conducta de Carlos.



UBIERA tenido Carlos VIII durante su breve residencia en Nápoles ocupacion no pequeña en poner aquel reino en estado conveniente de defensa, y en granjearse la voluntad de los naturales, sin lo cual difícilmente podia esperar mantenerse de un modo seguro en su nueva conquista. Pero lejos de hacerlo así, manifestó la mayor aversion por los negocios, entregándose, como ya se ha dicho, á los mas frívolos pasatiempos. Trató con irritante desprecio á los principales señores feudales del país, retrayéndose y no dejándose ver de ellos, y distribuyendo todas las dignidades honoríficas y útiles con parcial prodigalidad á sus súbditos franceses. Y todavía disgustaban mas á la nacion los secuaces de Carlos con su orgullo insolente y su desenfrenada licencia. El pueblo naturalmente recordaba las virtudes de su rey desterrado, y comparaba y contraponia su templado mando con la conducta codiciosa y tiránica de sus nuevos señores. El espíritu de descontento cundia mas y mas á medida que los franceses tenian que dividir

PARTE II. sus fuerzas para mantener la subordinacion. No se tardó pues en entablar correspondencia con D. Fernando, que se hallaba en Sicilia, y al poco tiempo varias ciudades de las principales del reino proclamaron abiertamente su fidelidad á la dinastía de Aragon <sup>1</sup>.

Carlos se lleva las esculturas y otras preciosidades.

Entretanto Carlos y los suyos, ya saciados de una vida de ociosidad y placeres, y como si hubieran cumplido el grande objeto de su expedicion, empezaron á volver la vista hácia su país, y á suspirar por su patria, y su impaciencia se convirtió en ansiedad, luego que tuvieron noticia de la liga que se preparaba en la parte del Norte. Procuró, sin embargo, el rey Carlos asegurar para sí algunos de los frutos de la victoria, de una manera que en nuestros dias hemos visto practicada en mayor escala por sus mismos compatriotas. Hizo recoger las obras diversas del arte que adornaban la ciudad de Nápoles, preciosas antigüedades, esculturas de mármol y alabastro, puertas de bronce primorosamente labradas, y adornos de arquitectura capaces de trasportarse, y los mandó embarcar en su escuadra para los puertos del Mediodía de Francia, "procurando, dice el cura de los Palacios, levantar un monumento á su fama con las ruinas de los reyes de Nápoles, de gloriosa memoria." Pero no llegaron sus naves á los puertos de Francia, habiendo sido apresadas por una flota vizcaina y genovesa en los mares de Pisa <sup>2</sup>.

Carlos habia visto frustradas del todo las pretensiones que dirigió al papa Alejandro VI para que reconociera su derecho á la corona de Nápoles dándole su solemne investidura <sup>3</sup>; pero no por eso dejó de proceder á la ceremonia de su coronacion, y á 12 de Mayo hizo su entrada pública en la ciudad cubierto de púrpura y armiños, adornada la frente con imperial diadema, con cetro en la una mano, y en la otra un globo, símbolo de la soberanía universal, en tanto que la plebe aduladora lisonjeaba sus oidos con el título augusto de emperador. Concluida esta comedia empezaron los preparativos para au-

1 Comines, Mémoires, lib. 7, chap. 17.—Summonte, Hist. di Napoli, t. III, lib. 6, cap. 2.—Giannone, Istoria di Napoli, lib. 29, cap. 2.

2 Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 140, 143.

3 Summonte, Hist. di Napoli, t. III,

lib. 6, cap. 2. Segun Giannone (Istoria di Napoli, lib. 29, cap. 2), Carlos obtuvo la investidura del Papa; pero semejante aserto está contradicho por varios autores de los que he consultado, y no hay ninguno que lo confirme.

sentarse inmediatamente de Nápoles. Y en efecto, á 20 de Marzo emprendió su marcha la vuelta de Francia, á la cabeza de la mitad de su ejército, que no pasaba de nueve mil hombres de guerra. En Nápoles dejó la otra mitad para la defensa de su nueva conquista. Era semejante plan en alto grado imprudente, porque ni llevaba Carlos consigo fuerzas bastantes para proteger su retirada, ni dejaba en Nápoles las necesarias para mantenerla en su obediencia <sup>4</sup>.

No hay para qué seguir al ejército frances en su marcha retrógrada por Italia; baste decir que no se hizo con la diligencia que se necesitaba para anticiparse á la reunion de las fuerzas de los aliados, que ya juntas le esperaban sobre el rio Taro, cerca de Fornovo, para oponerse á su paso. Dióse allí una accion señalada, en que el rey Carlos al frente de su caballería hizo tales proezas que derramaron algun lustre sobre su mal concertada empresa, y que si no le dieron una victoria cierta, á lo menos se la proporcionaron en cuanto al efecto, porque pudo ya continuar su retirada sin que los enemigos volvieran á molestarle. En Turin entabló nuevos tratos con el calculador duque de Milan, que dieron por fruto el tratado de Vercelli, de 10 de Octubre de 1495. La única ventaja que de él sacó Carlos fué separar de la liga á su astuto adversario. Los venecianos, aunque no quisieron acceder al tratado, no se opusieron de ningun modo á cualquiera arreglo que pudiera acelerar la marcha de su temible enemigo al otro lado de los Alpes. Ésta se ejecutó inmediatamente; y Carlos, cediendo á su impaciencia y á la de los nobles que le acompañaban, cruzó aquella barrera de montañas, puesta inútilmente por la naturaleza para seguridad de Italia, y llegó á Grenoble con su ejército á 27 del mismo mes. Una vez restituido á sus estados, aquel joven monarca se abandonó sin medida á los licenciosos placeres á que le inclinaba su pasion, dando al olvido así sus ensueños de gloria como á los valientes compañeros de armas que habia dejado desamparados en Italia. Así concluyó aquella célebre expedicion, que coronada del

4 Brantôme, Hommes Illustres, Œuvres, t. II, pp. 3, 5.—Comines, Mémoires, lib. 6, chap. 2.

Los pormenores de aquella coronacion están referidos con nimia puntualidad por Andres de la Vigne, secreta-

rio de la reina Ana (Hist. de Charles VIII, p. 201). Daru confundió esta farsa con la primera entrada de Carlos en Nápoles, verificada en Febrero. (Hist. de Venise, t. III, lib. 20, p. 247.)

Retirada de los franceses.

PARTE II. mas completo suceso, no produjo sin embargo ningun otro resultado verdadero para sus autores, que el de abrir el camino á las desastrosas guerras que consumieron las fuerzas y los recursos de su país durante una gran parte del siglo XVI <sup>5</sup>.

Cárlos VIII habia dejado por su virey en Nápoles á Giliberto de Borbon, duque de Montpensier, que era príncipe de la sangre real, y caballero leal y valiente, pero de escasa capacidad militar, y tan amante de su lecho, dice Comines, que rara vez le abandonaba antes del medio dia. El mando de las fuerzas de la Calabria se confió al señor de Aubigny, caballero escocés de la casa de los Estuardos, á quien Cárlos elevó á la dignidad de gran condestable de Francia. Era Aubigny tan estimado por sus nobles y caballerosas prendas, que los cronistas contemporáneos le apellidaban, dice Brantôme, "el caballero sin tacha:" tenia mucha esperiencia en asuntos militares, y era considerado como uno de los mejores generales que la Francia tuviera á su servicio. Además de estos primeros caudillos habia otros inferiores apostados á la cabeza de pequeños destacamentos en diferentes puntos del reino, y especialmente en las ciudades fortificadas de las costas <sup>6</sup>.

Apenas hubo salido de Nápoles Cárlos VIII, cuando su rival Fernando, que ya tenia concluidos sus preparativos en Sicilia, hizo un desembarco en la estremidad meridional de la Calabria, para lo cual le ayudaron las tropas españolas que iban al mando del almirante Requesens, y de Gonzalo de Córdoba, que habia llegado á Sicilia en el mes de Mayo. Al pronunciar el nombre de este último gefe, que habia de representar tan gran papel en las guerras de Italia, creemos que no será inoportuno dar alguna noticia de su vida anterior y de sus circunstancias.

Gonzalo Fernandez de Córdoba, ó de Aguilar, como alguna vez le

<sup>5</sup> Villeneuve, Mémoires, apud Petitot, Collection de Mémoires, t. XIV, páginas 262, 263.—Flassan, Diplomatie Française, t. I, pp. 267, 269.—Comines, Mémoires, lib. 8, chap. 10, 12, 18.—"Les conquêtes, dice Montesquieu, sont aisées à faire, parce qu'on les fait, avec toutes ses forces: elles sont diffi-

ciles à conserver, parce qu'on ne les défend qu'avec une partie de ses forces." Grandeur et Décadence des Romains, chap. 4.

<sup>6</sup> Comines, Mémoires, lib. 8, chap. 1.—Brantôme, Hommes Illustres, t. II, página 59.

llaman por el título de los estados que poseía su familia, nació en Montilla, en 1453. Su padre habia muerto jóven, dejando dos hijos, Alonso de Aguilar, de quien se hace memoria en algunos de los hechos de armas mas brillantes de la guerra de Granada, y Gonzalo que tenia tres años menos que su hermano. Durante los turbulentos reinados de D. Juan II y D. Enrique IV, la ciudad de Córdoba habia estado dividida en dos bandos por las rivalidades de las familias de Cabra y de Aguilar; y se cuenta que los parciales de esta última, despues que perdieron á su gefe natural, el padre de Gonzalo, para demostrar que continuaban fieles á su casa, solian llevar á sus hijos niños á los combates que tenian. Así que, con razon se puede decir que Gonzalo se crió en medio del estruendo de las batallas <sup>7</sup>.

Desde los principios de la guerra civil, los dos hermanos abrazaron el partido de D. Alonso y de D.<sup>a</sup> Isabel. En la corte de estos príncipes, Gonzalo llamó muy pronto la atencion por la extraordinaria gentileza de su persona, por sus finos modales y por su destreza en todos los ejercicios de los caballeros: se presentaba con ostentosa magnificencia en sus trajes, galas y método general de vida; circunstancia que junta á sus brillantes prendas hizo que en la corte se le apellidara el príncipe de los caballeros. Verdad es que esta prodigalidad en los gastos le mereció mas de una vez afectuosas amonestaciones de su hermano Alonso, que como primogénito era poseedor de los mayorazgos de la casa, y el cual proveía con largueza á sus necesidades. Sirvió Gonzalo durante la guerra con Portugal á las órdenes de D. Alonso de Cárdenas, gran maestre de Santiago, de quien fué honrado con públicos elogios por el señalado valor con que se condujo en la batalla de la Albuera, en la cual, diremos de paso, que nuestro jóven héroe corrió sin necesidad un grave riesgo personal por la brillantez ostentosa de su armadura. De aquel gran maestre y del conde de Tendilla habló siempre Gonzalo con el mayor respeto, confesando que de ellos habia aprendido los primeros rudimentos del arte de la guerra <sup>8</sup>.

<sup>7</sup> Zurita, Hist. del rey Hernando, libro 2, cap. 7.—Giovio, Vita Magni Gonzalvi, lib. I, pp. 204, 205.

<sup>8</sup> Pulgar, Sumario de las hazañas

del Gran Capitan (Madrid, 1834), página 145.—Giovio, Vita Magni Gonzalvi, lib. I, pp. 205 y siguientes.

## PARTE II.

Sus brillantes  
cualidades.

Pero la grande escuela en que Gonzalo perfeccionó sus conocimientos militares, fué la larga guerra de Granada. No ocupó á la verdad en aquellas campañas un lugar tan eminente como algunos otros gefes de mas años y esperiencia; pero en varias ocasiones dió pruebas señaladas de valor y habilidad. Se distinguió particularmente en las tomas de Tajara, Illora y Montefrio. En esta última plaza mandaba el cuerpo de asalto, y fué el primero que escaló la muralla y subió á la vista de los enemigos. Y en una escaramuza que ocurrió en cierta noche al frente de Granada, poco antes del término de aquella guerra, estuvo en grave riesgo de concluir con la vida su carrera: le mataron el caballo en lo mas terrible de la refriega, y no pudiéndose desprender ni salir del apuro en que se hallaba, hubiese sido muerto, si no fuera por un leal criado de su casa, que montándole en su caballo, solo le dijo: señor, mirad por mi mujer y por mis hijos. Gonzalo se salvó, pero su valeroso libertador pagó su lealtad con la vida. En los últimos momentos de la guerra fué elegido Gonzalo, juntamente con el secretario del rey, Zafra, en atencion á su mucha habilidad y á que poseia muy bien la lengua árabiga, para dirigir las negociaciones con el gobierno de los moros. Para este efecto le introdujeron por la noche y de secreto en Granada: y por último, consiguió Gonzalo arreglar las condiciones de la capitulacion con el desventurado Abdallah, en los términos que ya quedan referidos<sup>9</sup>. En premio de sus varios servicios le concedieron los reyes de España una pension y un grande heredamiento en el territotio conquistado.

Concluida la guerra, siguió Gonzalo en la corte, donde por el alta reputacion que gozaba y por la magnificencia con que se presentaba, era tenido por uno de los principales ornamentos de la comitiva de los reyes. En su porte y modales se revelaba toda la novelesca ga-

<sup>9</sup> Pedro Mártir, Opus. Epist., epist. 90.—Giovio, Vita Magni Gonsalvi, libro 1, pp. 211, 212.—Conde, Dominacion de los árabes, tomo III, cap. 42.—Quintana, Españoles célebres, t. 1, páginas 207, 216.—Pulgar, Sumario, página 193.

Florian propagó un error popular en su novela de "Gonzalo de Córdoba,"

en la cual hizo representar á este jóven guerrero un papel, que de ningun modo le pertenece, de héroe de la guerra de Granada. Y ha habido graves escritores, que no pueden escudarse con el título de novelistas, que han incurrido en el mismo error. Véase, entre otros, á Varillas, Politique de Ferdinand, p. 3.

## CAP. II.

lantería propia de la época, de la cual se refiere, entre otros, el siguiente ejemplo. Habia acompañado la reina su hija D.<sup>a</sup> Juana á bordo de la armada que la debia llevar á Flandes para reunirse con su prometido esposo; y despues de haberse despedido de la infanta, volvia Isabel en su barca á la costa, en ocasion en que el alta marea hacia difícil arrimarla lo suficiente á tierra para que desembarcara. Trataban los marineros de remolcar la barca hácia la ribera, y Gonzalo, que se hallaba presente, y como tienen cuidado de decirnos los escritores castellanos, vestido de brocado y terciopelo carmesí, temeroso de que la persona de su real señora fuera profanada por el tacto de tan toscas manos, se entró en el agua y sacó á la reina en brazos á la orilla, en medio de los aplausos y aclamaciones de los espectadores. Este incidente puede ponerse al lado de la bien sabida anécdota de de sir Walter Raleigh<sup>10</sup>.

Isabel, que por mucho tiempo vió de cerca á Gonzalo, pudo formar exacta idea de sus grandes talentos; y así, en cuanto se resolvió enviar la espedicion á Italia, fijó su consideracion en él como en la persona mas á propósito para dirigirla, conociendo que tenia todas las prendas necesarias para llevar á feliz éxito una empresa nueva y dificultosa: valor, constancia, prudencia singular, habilidad para las negociaciones, y una fecundidad inagotable en la invencion de medios y recursos. Así que, sin vacilar le recomendó á su marido para el mando del ejército de Italia. El rey aprobó su eleccion, aunque parece que ésta causó no poca sorpresa en la corte, en la cual, aunque se sabia el mucho favor que los reyes dispensaban á Gonzalo, no se esperaba verle adelantar por cima de los veteranos de mas edad y de mas alta fama militar que la suya. El resultado acreditó la penetracion de Isabel<sup>11</sup>.

<sup>10</sup> Giovio, Vita Magni Gonsalvi, página 214.—Chronica del Gran Capitan Gonzalo Hernandez de Córdoba y Aguilar (Alcalá de Henares, 1584), cap. 23.

Otro ejemplo de esta galantería ocurrió en la guerra de Granada, cuando el incendio de Santa Fe abrasó la tienda y la mayor parte de los equipajes y otros preciosos efectos de la reina. En cuanto Gonzalo, que estaba en su

castillo de Illora, supo aquel contratiempo, envió á la reina tan abundantes efectos de los magníficos que tenia su mujer D.<sup>a</sup> María Manrique, que Isabel dijo con gracia: "Parece que el fuego ha hecho mas estragos en su casa que en mi tienda." Giovio, Vita Magni Gonsalvi, lib. 1, pp. 212, 213.—Pulgar, Sumario, p. 187.

<sup>11</sup> Giovio, Vita Magni Gonsalvi, pá-

Es elevado al cargo de general del ejército de Italia.

PARTE II.  
Llega á Italia.

La parte de la escuadrilla que habia de llevar á Sicilia al nuevo general, estuvo pronta para salir á la mar en la primavera de 1495, y habiéndose hecho á la vela llegó á Mesina, despues de un viaje tempestuoso, á 24 de Mayo. Allí encontró que D. Fernando de Nápoles habia empezado ya las operaciones en Calabria, donde habia ocupado á Reggio con el auxilio del almirante Requesens, que llegó á Sicilia con una parte de las fuerzas poco tiempo antes del arribo de Gonzalo. Todas las fuerzas efectivas de los españoles no pasaban de seiscientas lanzas y mil y quinientos infantes, demas de los empleados en la armada que ascendian á otros tres mil y quinientos con corta diferencia. Habian quedado de tal modo agotadas las rentas de España con la última guerra de los moros, que no permitian ningun gasto extraordinario, y Fernando se proponia ayudar á su primo mas bien con su nombre que con mucha gente efectiva. Se hacian, sin embargo, preparativos para levantar nuevas tropas, especialmente entre los robustos naturales de Asturias y de Galicia, que habian sufrido menos que los de las provincias del Mediodía por la guerra de Granada <sup>12</sup>.

Desembarca en Calabria.

A 26 de Mayo pasó Gonzalo de Córdoba á Reggio en la Calabria, y allí se concertó entre él y el rey de Nápoles un plan de operaciones. Pero antes de abrir la campaña, se entregaron á poder del general español diferentes plazas fuertes de la provincia, de las que se declararon fieles á la dinastía de Aragon, como prendas de seguridad del pago de los gastos que su gobierno hiciera en esta guerra. Y

gina 214.—Chronica del Gran Capitan, cap. 23.

<sup>12</sup> Zurita, Hist. del rey Hernando, lib. 2, cap. 7, 24.—Quintana, Españoles Célebres, t. 1, p. 222.—Chronica del Gran Capitan, ubi supra.

Giovio, en su "Vida de Gonzalo" calcula estas fuerzas en 5.000 infantes y 600 caballos, y en su historia hace subir estos últimos á 700. He seguido á Zurita, porque presenta un cálculo mas probable, y porque generalmente es mas exacto en todo lo que se refiere á

su patria. Por lo demas es punto menos que imposible el conciliar las numerosas inexactitudes, contradicciones y divergencias que se encuentran en las relaciones de los escritores de las partes opuestas en todo lo concerniente á cálculos numéricos. Y esta dificultad se aumenta extraordinariamente por el significado en extremo vago de la palabra *lanza*, bajo la cual encontramos que unas veces se comprendian seis ginetes, otras cuatro, tres, y aun menos, segun los casos.

CAP. II.

como Gonzalo fiaba poco en sus soldados calabreses ó sicilianos, tuvo que desprenderse de una buena parte de las tropas españolas para guarnecer aquellas plazas <sup>13</sup>.

Con la presencia del monarca se reanimó la abatida lealtad de sus súbditos calabreses, los cuales acudieron presurosos á sus banderas; y así no tardó Fernando en verse á la cabeza de seis mil hombres, compuestos en su mayor parte de gente bisoña del país. Marchó desde luego con Gonzalo sobre Santa Agatha, que le abrió las puertas sin resistencia. Despues se dirigió hácia Seminara, plaza bastante fuerte situada á unas ocho leguas de Reggio, y en el camino hizo pedazos á un destacamento de franceses que iban á reforzar la guarnicion de aquella plaza. Seminara siguió el ejemplo de Santa Agatha, y enarbolando en sus almenas las banderas de Aragon recibió sin obstáculo al ejército napolitano. En tanto que esto sucedia, Antonio Grimani, almirante de venecianos, cruzaba en las aguas de las costas orientales del reino con una flota de veinte y cuatro galeras, y atacando la plaza fuerte de Monopoli, que estaba en poder de franceses, la entró á sangre y fuego, pasando á cuchillo á la mayor parte de la guarnicion.

Marcha sobre Seminara.

Aubigny, que entonces se hallaba con un cuerpo poco considerable de los suyos en la parte meridional de la Calabria, vió que era indispensable dar algun golpe vigoroso para contener los progresos del enemigo. Así que, determinó recoger sus fuerzas derramadas por toda la provincia, y marchar contra Fernando, á quien se prometia traer á una accion decisiva. Al efecto, sobre llamar á las guarniciones repartidas en las principales ciudades, hizo venir en su ayuda á las fuerzas, compuestas principalmente de infantería suiza, que se halla-

<sup>13</sup> Mariana, Hist. de España, lib. 26, cap. 10.—Zurita, Hist. del rey Hernando, lib. 2, cap. 7.

Esta ocupacion de las plazas por Gonzalo escitó la suspicacia del Papa respecto de los designios de los reyes de España; y á consecuencia de sus representaciones se previno al embajador de Castilla Garcilaso de la Vega que dijera á Gonzalo "que en caso de que se

le hubiesen entregado algunas plazas de inferior orden, las restituyera; pero que si éstas eran de importancia lo debia consultar antes con su gobierno." Abarca asegura á sus lectores que el rey Fernando "no queria dar á nadie motivo de queja, á no ser que en ello le fuera un grande interés." Reyes de Aragon, rey 30, cap. 8.—Zurita, Hist. del rey Hernando, t. v, lib. 2, cap. 8.